

El Manuscrito

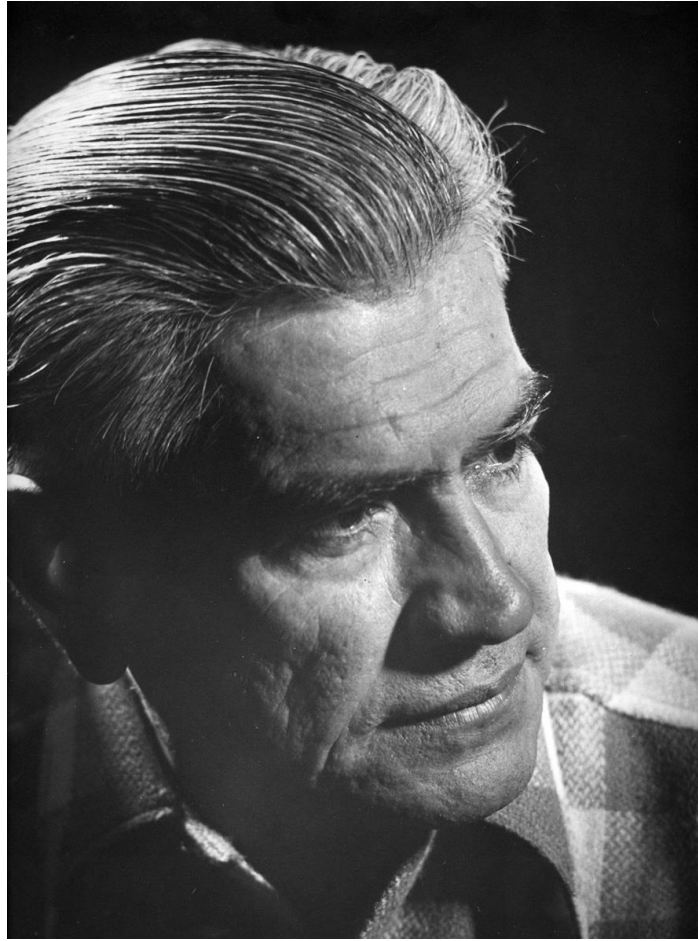
Gaceta literaria del Colectivo Luis Enrique Délano. Año 2, número 10, enero de 2022.

Teresa Wilms Montt: a 100 años de *Lo que no se ha dicho...*

El 24 de diciembre de 1921, y tras una larga agonía por sobredosis de Veronal, falleció en París, a los 28 años de edad, la destacada poeta chilena Teresa Wilms Montt, quien pese a su juventud había trabado fuertes lazos con artistas e intelectuales como Vicente Huidobro, Víctor Domingo Silva, Joaquín Edwards Bello, Victoria Ocampo, Jorge Luis Borges, Ramón Gómez de la Serna y, especialmente, con Ramón del Valle-Inclán, quien había prologado obras suyas publicadas en Madrid, como *En la quietud del mármol* (1918). Inspirada en las vanguardias estéticas y en las ideas libertarias de Belén de Zárrega y Luis Emilio Recabarren, las múltiples influencias que la autora acoge desembocan, ya sea en prosa o en verso, en bellos pasajes de un audaz intimismo que por entonces aún no se abría paso en las letras nacionales.

Responsable de títulos señeros, como *Inquietudes sentimentales* y *Los tres cantos*, ambos salidos de imprenta en Buenos Aires en 1917, *Anuarí* (Madrid, 1919) y *Cuentos para hombres que son todavía niños* (Buenos Aires, 1919), transcurrieron apenas unos meses desde su muerte hasta que la emblemática editorial Nascimento diera a luz *Lo que no se ha dicho...* (1922), una preciosa antología del trabajo escritural de Teresa Wilms Montt. El libro, que incorpora en el conjunto el breve y elocuente *Páginas de diario*, dedica ocho páginas de preámbulo para referirse a la poeta sin ahorrar elogios para una creadora que “recibió el milagroso don de todas las gracias” y fue “libre de prejuicios, desnuda en su altiva sinceridad, rebelde a todos los convencionalismos, grande entre los pequeños y solo pequeña ante lo infinito”. La edición de Nascimento recorrería con fuerza el mismo territorio donde el canto de la escritora fue tantas veces incomprendido. “Por la noche, penetro en la alcoba como en un templo, tan fervorosamente, que mis rodillas se doblan. Porque allí está tu retrato, mirándome con esa bondad ilimitada del perdón”, dice su prosa poética en *Anuarí*, ese hermoso peldaño que cala y escala la historia de la literatura chilena.

David Hevia, poeta y director nacional de la Sociedad de Escritores de Chile (Sech).



Manuel Rojas en su 126° natalicio

Manuel Rojas Sepúlveda, de padres chilenos, nació en Buenos Aires el 8 de enero de 1896.

En abril de 1912, cuando tenía 16 años, llegó a Santiago desde Mendoza, después de una travesía a pie por la cordillera y escondido en un tren de carga. Vivió en piezas de diferentes conventillos y tuvo trabajos esporádicos: como pintor de carruajes y cuidador de lanchas en Valparaíso.

El joven escritor comenzó a colaborar en diarios anarquistas, permaneciendo siempre comprometido con las causas populares y registrando diversos procesos históricos en sus obras como un cronista social. El relato novelado de su detención aparece en *Hijo de ladrón* (1951): el protagonista, Aniceto (Manuel Rojas), es apresado por la policía. El hecho corresponde a lo que efectivamente le ocurrió al escritor.

En 1928 es contratado como bibliotecario de la Biblioteca Nacional y se casa con la profesora y poeta María Luisa Baeza con quien tiene tres hijos: María Eugenia, Patricio y Paz.

En 1936 fallece su mujer y debe cuidar a sus tres hijos aún pequeños. Viajó, tras enviudar, por Europa, Sudamérica y Oriente Medio. Llegó a ser profesor en la Universidad de Chile.

Asumió como director de la Imprenta de la Universidad de Chile, escribió artículos para el diario *Las Últimas Noticias*, ejerció como traductor en un par de editoriales y vendió cartillas en el Hipódromo Chile.

Fue nombrado presidente de la Sociedad de Escritores de Chile, organizó, en 1937, el Primer Congreso de Escritores, y en 1957 fue galardonado con el Premio Nacional de Literatura.

Dedicó, no obstante todas sus ocupaciones, una gran parte de su vida a la creación literaria, con más de treinta publicaciones entre 1921 y 1971. La riqueza de su personal estilo dio obras de una brillante calidad poética y narrativa.

Iván Ljubetic Vargas, historiador del Centro de Extensión e Investigación Luis Emilio Recabarren. El texto incluido en esta columna es un fragmento del artículo original del autor.

Editorial: Letras de Nuestra América

El discurso literario en América Latina está cruzado por grandes desafíos, que de alguna manera vinieron a confrontar los convencionalismos existentes. Durante la época precolombina y cuando aún no había un alfabeto fonético, lo literario se vivenciaba en representaciones visuales, pictografías, entre otros modos. La tradición oral de cierta forma permitió mantener viva la cultura de las comunidades. La literatura en esa era se expresaba a través de los mitos y las ceremonias religiosas. Posteriormente vino la influencia del catolicismo, donde la educación se encontraba restringida solo para algunos.

En el período barroco se hizo más evidente las influencias de una estética europea a través del Conceptismo y el Culteranismo. Ambos estilos obedecían a una clara preocupación por los contenidos y las formas literarias.

Es importante señalar que la literatura, como una forma de expresión, ha existido y ha acompañado a la humanidad desde hace miles de años.

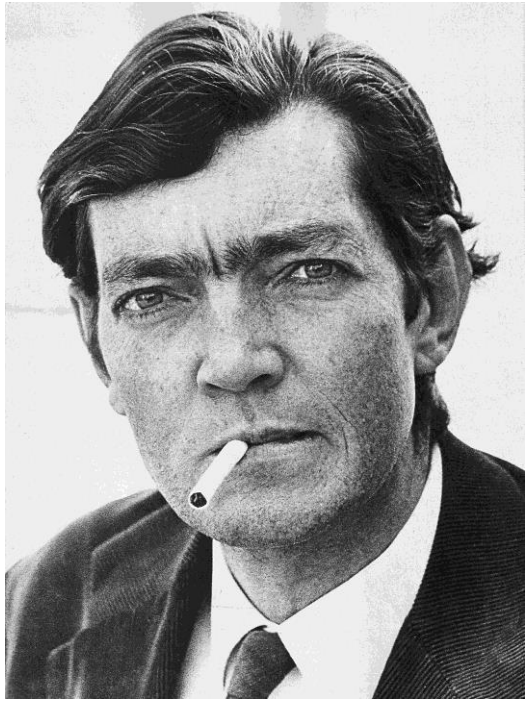
Hoy queremos brindar tributo al boom literario que se dio entre los años 1960 y 1970, encabezado principalmente por figuras tales como Julio Cortázar, Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes, entre otros. Estos escritores marcaron el inicio de una manera de ver la literatura cruzada por lo político, conformando un discurso que enunciaba tópicos, que de alguna manera daban cuenta de las distintas expresiones y reflexiones que se estaban dando en la sociedad.

Mientras el romanticismo comenzaba a perder notoriedad, empieza a surgir con mucha fuerza un tipo de realismo que se preocupaba por otorgarle mayor visibilidad a la vida en comunidad y a los hechos cotidianos. Así, también se recogen elementos fantásticos, los cuales eran confrontados con este discurso de la realidad, propio de las historias que se dan en América Latina y el Caribe, y que viene a recoger las tradiciones de este lado del continente. Uno de los principales referentes en esta línea fue Gabriel García Márquez. Hoy, en este nuevo número de *El Manuscrito* homenajearemos al escritor Julio Cortázar, otro gran referente de este boom literario.

La viva fuerza de las palabras

¡Alejarse! ¡Quedarse!
¡Volver! ¡Partir! Toda
la mecánica social cabe
en estas palabras.

CÉSAR VALLEJO



Notas sobre *El perseguidor*, de Julio Cortázar

“Dédé me ha llamado por la tarde diciéndome que Johnny no estaba bien, y he ido en seguida al hotel...”¹ Eso es lo que podríamos llamar un comienzo difícil de olvidar. Aunque Cortázar acostumbraba imprimir esas frases memorables al inicio de sus obras... como esta otra: “¿Encontraría a la Maga?” Origen mítico y fabuloso de su inagotable *Rayuela*. Para el caso de estas líneas, es la atmósfera musical lo inolvidable. Los discos que grabó un saxofonista, junto a sus camaradas de bronce, pianos y baterías. Las alucinadas sesiones de jazz en los clubes nocturnos, entre el humo, el whisky y las drogas que consumían hasta morir, los muchachos que iluminaron las noches de los años 50 y 60, en París o Cincinnati.

Para el caso, este escrito bien podría titularse *Para llegar a Charlie Parker, señales de ruta de Julio Cortázar*. En ese escenario, en esa improvisación, el tema principal sería justamente la infinita capacidad de improvisación en el Jazz. O sobre sus orígenes y estilos: Gospel, Ragtime, Blues, Swing, Bebop. De Louis Armstrong a Miles Davis, de Duke Ellington a Cecil Taylor y el inevitable y maravilloso recorrido por las voces de Billie Holiday y Sarah Vaughan. De las profundas raíces negras de Nueva Orleans, a la fusión contemporánea de estilos, instrumentos y territorios.

Pero, como no es este el lugar para hacer una historia del jazz, -sí, para recordar amores-, entonces volvamos a *El perseguidor*, ese inspiradísimo relato creado por un escritor argentino, asentado en París, sobre la vida y obra del joven saxofonista de Kansas City. Un Johnny que es Charlie; un Carter que en realidad es Parker. El músico atrapado-extraviado en el devenir del tiempo. Y por ahí va también una constante de la obra Cortazariana. Los viajes temporales que el jazzista no puede acabar de comprender, de asimilar al uso corriente, como un ciudadano cualquiera del primer mundo donde habita. (Aunque muchas veces descendiera a los infiernos -sic-). Él no logra terminar de explicarse qué pasa con el tiempo, el transcurso de los minutos sencillamente le vuelve loco...lo desorienta, queda como suspendido en otra cosa, en otro elemento, viendo lo que otros no ven, o escuchando voces y

sonidos lejanos, imperceptibles e inaudibles para el resto.

“Es como en un ascensor, tú estás en el ascensor hablando con la gente, y no sientes nada raro, y entre tanto pasa el primer piso, el décimo, el veintiuno, y la ciudad se quedó ahí abajo, y tú estás terminando la frase que habías empezado al entrar, y entre las primeras palabras y las últimas hay cincuenta y dos pisos. Yo me di cuenta cuando empecé a tocar que entraba en un ascensor, pero era un ascensor de tiempo, si te lo puedo decir así” (pag.109).

Y a no olvidar el “famoso (y roñoso) librito de bolsillo con poemas de Dylan Thomas y anotaciones a lápiz por todas partes”, otro viaje al más allá que nos presenta esta historia. Esos secretos poemas que Johnny nunca dejaba de leer. Y la marihuana... que en realidad era heroína, no yerba. ¿Por qué Julio cambia el objeto de la adicción de Carter-Parker? Eso jamás lo sabremos. ¿Y qué es eso de *hazme una máscara*? ¿Quién llevaba la máscara, quién necesitaba en esta historia, la doble piel, la careta? ¿El músico heroinómano - extrañamente marihuano en el relato- o el poeta citado en sordina... ¿Acaso el crítico de jazz, un burgués que se aprovecha de la aventura trágica del joven genio musical, tal vez fuese Dédéé, la morena que lo amaba y también debió soportarlo, ¿Quién necesita la máscara del jodido verso de Dylan Thomas, en el epígrafe de este librito de Julio Cortázar, sobre la vida del músico de jazz?

En realidad, nada importa todo este balbuceo posterior, pues tú ya sabes bien qué debes hacer: *Sé fiel hasta la muerte*.

Alberto Moreno

Creación literaria

Transliteraciones

(Del libro: Del error y de la luz)

Para que llegaras a ser real
Faltó la levadura la miel
Que el viento de los Andes
Dejase de traer malas noticias
Con los arrieros que este verano suben
Buscando mejores verdes
También un poco de cálculo
Pensando que nuestras edades
Son lo que las sílabas nos hacen cantar
Y las consonantes callar
Que todo lo hablo
Y que a ti el silencio te acomoda
Que tienes un gato
Y a mí me gustan los canarios
Que eres tea party
Y yo cerveza en las lanzas

Hoy estoy triste
He encontrado el olvido
Y me saluda la paz

No hay agua que siga su carrera
Sin pulir la piedra
Ni río que no escape
De la cordillera al mar
Después no hay nada
Solo lo más real
Las palabras un poema
Que dibujado en el papel dice
Fuiste lo que escribí

Marisol Moreno Del Canto

Posee una Licenciatura y un Magister en Filosofía. Ha impartido clases de filosofía en universidades e institutos, así como también talleres de poesía y literatura. Ha sido comentarista de publicaciones y traductora de artículos en periódicos y revistas. Tradujo *Un cuarto propio*, de Virginia Woolf. Su primer libro de poesía es *La Estrella de Arcadía*, publicado en Editorial Cuarto propio. *Del error y de la luz* es su nuevo libro, publicado con el mismo sello editorial.

Ciudad de los Césares

He amanecido en vuestras pesadas calles
Antiguas páginas de historia hecha metal y piedra
En el torbellino sangriento de la guerra...
Pueblos en fragor y combate
Bosques agonizan custodiados por volcanes
Cuya nieve es blanca como la cocaína
Que rueda en vuestros barrios y plazas
Poblados de meretrices de sexos desconocidos,
Acostándose con la muerte y la refriega de la raza,
Virulentos y salvaje embates del poder imperial
Copihue sangriento de cóndores ebrios,
Marchitos recuerdos en ríos profanados,
¡Oh! maldita ciudad fronteriza,
Donde está la madera de vuestros araucanos
Dónde vuestros guerreros de ónix
Qué lanzas has quebrado en este progreso de hierro y vidrio,
Cicatriz de ferrocarriles europeos
Surcando el tiempo cosmogónico de los versos nerudianos.
Ahora Temuco, ciudad de la América del Sur,
Es un bosque de cemento sobre el cadáver de árboles majestuosos;
Epifanía de una época olvidada
No obstante, veo brillar los ojos de futuros dioses...

Rodolfo de los Reyes Recabarren (1970). Periodista y escritor. Autor de varios libros, entre los que sobresalen *Cantigas de madrugada* (2000), *Hechos históricos y anecdóticos II*, *Periferias atómicas* (2015), y *Crónicas de lo real y lo fantástico* (2021) con prólogo del conocido escritor Francisco Ortega. Director de la Revista La Victoria de las Letras, saga monográfica de escritores de provincia con 11 números editados. Coeditor de la Revista Deriva del Maule, con seis números editados. Colaborador de periódicos locales y nacionales. Incluido en antologías de Chile y Argentina.



Equipo editorial:

Omar Cid, Isabel Gómez y David Hevia

Escríbenos a:

colectivoluisenriquedelano@gmail.com

LUIS
ENRIQUE
DÉLANO



COLECTIVO DE
ESCRITORES Y
ESCRITORAS

¹ De *El perseguidor*, en *Las armas secretas*, Julio Cortázar, (Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1964). Este escrito fue publicado originalmente en la revista *Papeles de Jazz*.